

MARTIN PAGE

**LA APICULTURA
SEGÚN
SAMUEL BECKETT**

Traducción de Horacio Pons



Page, Martin

La apicultura según Samuel Beckett. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2015.
128 p. ; 22,5x14 cm.

Traducido por: Horacio Pons
ISBN 978-987-628-349-6

1. Narrativa Francesa. 2. Novela. I. Horacio Pons,
trad. II. Título
CDD 843

Título original: *L'Apiculture selon Samuel Beckett*

Diseño de tapa: Juan Balaguer

Primera edición en Argentina: marzo de 2015

© Editions de l'Olivier, 2013
© de la traducción Horacio Pons, 2015
© de la presente edición Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 5032 7069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN 978-987-628-349-6

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Arcángel Maggio División Libros

Impreso en Argentina

*En un principio yo era prisionero de los otros.
Entonces, los abandoné. Después fui prisionero
de mí mismo. Era peor. Entonces, me abandoné.*
S. B., Eleutheria

*Nuestro corazón está donde están las colmenas
de nuestro conocimiento. Nosotros, que hemos
nacido alados y somos recolectores de miel
del espíritu, estamos siempre en camino
hacia ellas, y propiamente solo nos interesa
una cosa: llevar algo a casa.*
Nietzsche, *La genealogía de la moral*

Introducción

En septiembre pasado se declaró un incendio en el exterior de un depósito de los suburbios de Reading, Inglaterra, donde se conservaba uno de los más importantes fondos de archivos dedicados a Samuel Beckett. Estos habían sido mudados algunas semanas antes de su sala en la Universidad de Reading, debido a la presencia de larvas de *Attagenus* comedoras de papel en los pisos y los revestimientos de madera. Todos los manuscritos y documentos fueron sometidos a una desinfección química en un autoclave y luego, guardados en cajas, se almacenaron en el depósito. La sala quedó de tal modo liberada para un tratamiento completo.

Fueron petardos encendidos por niños los que originaron el incendio. Este se extinguió rápidamente gracias a la intervención de los bomberos de la Whitley Wood Fire Station. Pero el agua lanzada sobre las llamas penetró en el edificio y empapó las valiosas cajas.

Para nuestro gran alivio, los daños se revelaron superficiales. Como la humedad favorece la aparición de moho y atrae a insectos ponedores de larvas, los documentos se pusieron en bolsas de plástico y se congelaron (en una cámara fría alquilada para la ocasión a Berkshire Meat Traders Ltd.), a la espera de la llegada

de los expertos. Estos, convocados por The International League of Antiquarian Booksellers (sita en Sackville House, Londres), los sometieron uno por uno a una escrupulosa liofilización. La operación duró nueve días y fue menester solicitar donaciones para solventar los gastos no cubiertos por el seguro. Así, todos los archivos pudieron volver a su sala de la Universidad de Reading en perfecto estado.

En oportunidad de todas esas diligencias se descubrió el diario de un hombre que se presenta como asistente de Samuel Beckett. Dicho diario, que abarca el verano y comienzos del otoño de 1985, se refiere al proyecto de representar *Esperando a Godot* en la prisión de Kumla, en Suecia, y a los acontecimientos asociados a él. La historia es conocida, pero si el núcleo de ese texto es verídico, lo esencial (la fantasía de los comportamientos atribuidos a Samuel Beckett, su apariencia física y el episodio de los archivos) demuestra el espíritu jocoso (o trastornado) de su autor.

Nadie (ni el propio Beckett, ni su mujer Suzanne, ni su editor Jérôme Lindon) mencionó jamás la existencia de ese asistente. Sin embargo, allí está sin duda el diario. El papel y la tinta son de la época, y algunos elementos son auténticos. Por otra parte, ese documento formaba parte del lote número 75, colección de archivos enviada a la Samuel Beckett International Foundation de la Universidad de Reading en febrero de 1989. El comprobante de envío lleva la firma de Samuel Beckett.

Pese al carácter insensato de estas páginas, nos pareció interesante proponerlas a la sagacidad de los lectores, que deberán leerlas como lo que son: una obra de ficción acerca de hechos reales.

Prof. Fabian Avenarius, Universidad de Reading

28 de junio

Hoy pasó algo sorprendente. Estaba contando las monedas y hurgando en los bolsillos en la caja de la librería Le Divan, en la place Saint-Germain-des-Prés, para ver si podía comprar unos libros de Jacob Burckhardt y Edward Tylor, cuando el librero me preguntó si no me interesaría un trabajo. No lo dudé: acabo de volver a Francia después de trabajar durante cuatro años como lector en la Universidad de Boloña (se supone que debo terminar mi tesis de antropología este año) y mis finanzas están en su punto más bajo. El librero me explicó que Samuel Beckett necesitaba un asistente que lo ayudara a clasificar sus archivos.

Conozco la obra de Beckett, leí *Molloy* y *Godot* (no vi ninguna representación de esta pieza: debido a una espalda delicada y piernas relativamente largas, los teatros son lugares prohibidos para mí), y no deja de asombrarme que el azar (y sin duda mi aspecto miserable y la piedad que inspiré en el librero) me dé la posibilidad de trabajar para él.

Traté de no dejar traslucir mi entusiasmo. El librero marcó el número de teléfono y me pasó el auricular. Beckett me respondió con voz ronca, y tosió. Le dije que llamaba por el empleo. Me propuso que nos viéramos. Debemos encontrarnos mañana a las dos de la tarde en el Petit Café del bulevar Saint-Jacques.

Ni falta hace decir que después de ese episodio me fue difícil concentrarme en mi trabajo. Comienzo este

diario para no olvidar nada de la experiencia. ¡Voy a conocer a Samuel Beckett! ¿Cómo se prepara uno para una entrevista laboral con un escritor famoso? No tengo tiempo de leer sus libros; de todos modos, dudo que me haga preguntas sobre su obra. Voy a abstenerme de toda lisonja.

Queda la cuestión de la ropa. He decidido ponerme algo sobrio, ni demasiado compuesto ni demasiado informal. Y una corbata de *tweed*, roja y azul.

29 de junio

Llegué antes de tiempo. A la hora prevista, Beckett todavía no había llegado. Pasaron algunos minutos. Creí que había cambiado de opinión. Pero no estaba muy decepcionado; después de todo, tendría una historia para contar.

Pedí un café; iba a esperar un poco más. Aproveché para sacarme la corbata. Después cambié de opinión y volví a ponérmela. Sonó el teléfono y el dueño del café, instalado detrás del mostrador, lo atendió. Era Beckett y quería hablarme. Tenía la voz más clara que el día anterior; me pareció que estaba irritado, pero, consciente de esa irritación, intentaba mostrarse amable. No me atreví a pedirle detalles. Haríamos la entrevista por teléfono.

Me dijo, con tono exasperado, que cada diez años se deshacía de sus manuscritos, notas, libretas, pedazos de manteles de papel de restaurante, boletos de metro garrapateados, y los ofrecía a la avidez de los investigadores. Necesitaba ayuda; por sí solo no conseguiría poner orden en sus papeles. Le dije que estaba interesado y que, gracias a mis estudios, tenía cierta práctica con los archivos. Me hizo preguntas sobre mi tesis, mis pasiones, mi trayectoria. En total, todo eso no llevó más de dos minutos (según el reloj de publicidad colgado encima del bar). Me anunció que me contrataba por diez días (pagados al triple del mínimo legal).

“¿Cuándo puede empezar? Cuanto antes mejor, me gustaría que todo esté arreglado antes de la vuelta de Suzanne. Está pasando unos días en casa de una amiga.”

Contesté que estaba libre y podía empezar en ese mismo instante. Pareció encantado, y me asignó una primera misión: comprar cuatro cajas grandes de cartón (debían tener el tamaño suficiente, me aclaró, para que una persona pudiese arrodillarse dentro de ellas). Agregó al pedido un sándwich de pulpo. Anoté la dirección de la casa de comidas griegas y la de su apartamento.

Menos de una hora después tocaba el timbre del apartamento del bulevar Saint-Jacques. Beckett vino a abrirme. En un primer momento creí que me había equivocado de puerta, porque frente a mí no estaba el hombre cuyo retrato había visto en los diarios: este tenía pelo largo y barba. Llevaba una camisa de seda floreada, un pantalón negro de algodón, pantuflas con motivos escoceses y un gorro de capitán de barco mercante. Me estrechó vigorosamente la mano y, antes de invitarme a entrar, me puso unos billetes en la mano (mi salario). Le di el sándwich.

El considerable desorden del apartamento no carecía de encanto. Uno podía creer encontrarse en la trastienda de un librero de viejo. Había una biblioteca en cada una de las tres habitaciones (y una colección de obras de gastronomía en la cocina), además de libros en el suelo, el sofá, el equipo de alta fidelidad. Parecían ser los verdaderos muebles del apartamento. Beckett no

tenía escritorio: trabajaba en la mesa de la cocina o en la de la sala, cuyo ventanal daba a los tilos del bulevar. Casi por doquier se elevaban montañas de papeles y libretas.

Mientras comía su sándwich (con tentáculos que sobresalían del pan, como si el pulpo tratara de escapar), Beckett se disculpó por no haber podido acudir a la cita. “Un problema con una colmena.” Advirtió mi mirada asombrada y me explicó que tenía seis colmenas en el techo.

Nos instalamos en la mesa de la cocina. Es una mesita cubierta de cerámicas pintadas en colores otoñales. Beckett se burló de las instituciones que se disputaban sus archivos: era ridículo. Pero creo sobre todo que debía de fastidiarle ser objeto de tanta atención. Terminó su sándwich y me propuso compartir un chocolate caliente. Puso la tercera parte de una tableta en una cacerola, agregó la leche y luego una vaina de vainilla. Una vez caliente el chocolate, le añadió un poco de leche fría. Bebimos en silencio. Beckett tenía crema en la barba. Le hice una seña. Se la quitó con el dorso de la mano.

Dedicamos el resto de la tarde a clasificar sus papeles. Llenamos las cajas destinadas a la Universidad de Reading (Gran Bretaña), el Harry Ranson Research Center de la Universidad de Austin (Texas), el Trinity College (Dublín) y la Universidad Washington de Saint-Louis (Misuri) de la manera más equitativa posible (en cantidad y calidad). Interrumpimos el trabajo a las siete.

Acabo de volver a casa y todavía estoy lleno de la energía de esta tarde. Vivo en un cuarto del último piso de un edificio de la *rue* de Maubeuge, cerca de la estación del Norte (la calle no es linda, pero la ubicación es muy buena). Estoy a gusto en él. El mobiliario se limita a un escritorio y un sofá cama. La ventana da al cielo; como no tiene postigos, me despierto con la luz del día.